

hubiera deseado para mi amigo, en una edad de ochenta y cinco años, un retiro un poco mas confortable.

—Y no tan solitario y aislado, añadió Varnhagen.

—Eso seria lo de ménos, opinó Humboldt. Nadie está abandonado, mientras que sepa vivir en la naturaleza. Bonpland no lo ha querido de otro modo.

—¿Por qué?

—Oíd lo que dice el Dr. Lallemant: «La jóven se sentó frente á mí; era modesta y bien educada y me inspiró mucho interes. Era su hija, la estrella vespertina de su amor. Me contó que Bonpland estaba enfermo hacia algunos meses; pero que luego vendria, porque durante el dia salia al campo. En efecto, poco despues apareció el infatigable botánico, vestido con camisa y pantalón de lana.

«Ochenta y cinco años habian surcado con profundas arrugas el rostro amable de este hombre; solo sus ojos conservaban siempre el mismo fuego. Cariñosa y amigablemente me recibió, excusándose por su escaso menaje y por no poder ofrecerme mas que carne seca. Ni siquiera poseia un trinche ó un cuchillo.»

Humboldt y Varnhagen se miraron silenciosamente; luego continuó el primero:

«Despues de haber concluido mi comida con ayuda de mi navaja de bolsa, entablé una conversacion muy animada sobre botánica y política, de su Estancia y Paris, y principalmente hablamos de vos, el gran maestro de las ciencias naturales; con qué cariño y veneracion habló de vos! y yo tuve que comunicarle todo lo que sabia respecto de vuestro modo de vivir.

—¡Alma fiel! exclamó Humboldt, y las lágrimas asomaron á sus ojos, continuando en seguida:

—«Las ideas del anciano vagaban por el inmenso espacio, que habia recorrido y el tiempo que habia vivido; pero siempre anhelaba mas espacio, mas vida. Y sin embargo estaba cansado, por lo que le supliqué que

descansara, mientras yo iba á ver su huerta y el campo. El buen anciano se resistió al principio; pareció haber tomado mal mi consejo. Sufria de un catarro crónico en la vejiga, enfermedad que me pareció muy grave, á juzgar por lo que me comunicó sobre el particular; pero sostenia que no era hernia; en general parecia aparentar tener buena salud. Al fin pasó á la otra choza para descansar. Entre tanto visité su huerta. Parecida á la de San Borja habia allí naranjos, duraznos y rosales con algunas higueras y legumbres. Mas las plantas parásitas indicaban que el dueño no podia dedicarles mucho tiempo. Al rededor de ella se extendian las pampas. A una distancia de una legua se divisaba el bosquecillo de las márgenes del Uruguay; por lo demas todo era una triste y monótona llanura.

«El gobierno de Corrientes regaló al viejo Bonpland, por su empeño en el establecimiento de un museo patriótico de la república, un gran terreno cerca del Uruguay, cuyo valor habria ascendido á 10,000 pesos, si hubiera podido ser cultivado por Bonpland. Pero para él no tenia valor alguno, porque le faltaban todos los elementos para explotarlo.»

—¡Vaya un regalo! ¿pero por qué no venderia Bonpland estos terrenos?

—El buen viejo tenia, como escribe Lallemant, miles de proyectos en la cabeza; aun pensaba cultivarlo todo por su propia mano,

—Pero esto no hubiera sido posible á su edad.

—¿Quién no tiene esperanza, aunque esté con un pié en la tumba, de hacer grandes cosas aún? En esto reconozco á Bonpland, y este rasgo de su carácter me agrada sobremanera.

—Pero siempre hay algo de terquedad.

—Puede ser; es una consecuencia de la edad y de tristes experiencias en la vida. Lallemant dice en su carta: «Bonpland no admite ningun consejo ni ayuda;

sin embargo, todo el mundo le estima y venera, aunque él huye de los hombres. Cuando estaba sentado delante de mí, y yo le examinaba con la mirada de médico, no pude menos de conocer que moriría dentro de muy poco tiempo.»

—Y desgraciadamente ha tenido razón, añadió Humboldt. Diez y seis días después murió en efecto mi querido amigo.

Humboldt quedó silencioso, y muy conmovido puso la carta á un lado paseándose meditabundo en el cuarto. *Su grande alma celebraba el recuerdo de su amigo, pasado á otra vida.*

Al fin dijo:

—Lo que me agrada es que mi antiguo amigo Bonpland quedara fiel hasta la muerte á sus ocupaciones científicas, porque me comunica Lallemand, que de cada viaje que emprendía aquel y de todo lo que encontraba de notable hacia notas. Además ha dejado preciosas colecciones, que legó á los museos de París.

—¡Oh, era un excelente hombre! exclamó Varnhagen.

—¡Oh, sí! dijo Humboldt, ¡era un hombre muy distinguido! ¡Qué esmero tan concienzudo en sus trabajos! había aprendido de su maestro Corvisart..... y luego..... aquella sublime abnegación en el servicio de la ciencia, de la verdad y de la investigación..... ¡Honor y cariño á su memoria!

—¡Honor y cariño á su memoria! repitió Varnhagen con calor, se puso en pie y estrechó la mano de Humboldt.

Luego entraron visitas: el Sr. Olfers, el general conde de Gröben, el príncipe Wolkowski, el barón de Jaxthausen y algunos otros amigos.

El anciano de ochenta y nueve años los recibió con amabilidad; pero al hablarse de su inquebrantable salud, no pudo contener el decir de sí mismo con ironía:

—¡Señores! cuidado de vivir tanto como yo. El papel

del «digno senior de todos los sabios actuales,» del *Vecchio della montagna* y los demás títulos que suelen darme, se hace muy incómodo con el tiempo.

En medio de la conversación, y antes de que las diversas visitas se hubieran alejado, le entregaron un pliego del rey.

El monarca deseaba verlo..... los amigos se despidieron..... y..... el anciano de ochenta y nueve años se fué en coche á la corte de Charlottenburgo.

Era muy noche. Alejandro de Humboldt estaba trabajando sentado frente á su mesa de escribir, en que había una lámpara encendida.

Tenia que contestar una infinidad de cartas; el anciano de noventa años sufría continuamente la presión de una correspondencia que llegaba hasta lo infinito. Durante un año le vinieron de 1,800 hasta 2,000 piezas entre cartas, manuscritos, proyectos de inmigración y colonización, envíos de modelos para máquinas, preguntas sobre la navegación aérea, aumento de colecciones etnográficas, ofertas, &c., &c.

Esto había llegado á tal extremo, que el venerable anciano se vió obligado á insertar en los papeles públicos algunos párrafos, suplicando que se ocuparan menos de su persona en ambos hemisferios, y que no consideraran su casa como un almanaque, á fin de que le quedara algún descanso y tiempo para sus propios trabajos, tanto mas cuanto que sus fuerzas físicas é intelectuales iban disminuyendo cada día.

Mas aun el número de cartas importantes que tenía que contestar era enorme, á pesar de que una multitud se quedaba en la papelería sin contestación.

Por este motivo Humboldt tenía la necesidad de escribir cartas casi todas las noches hasta que amanecía,

para volver á la misma tarea, despues de un corto descanso.

Así habia sucedido la noche de que hablamos. Algunos periódicos habian indicado que el autor del *Kosmos* estaba inclinado al misticismo de las mesas giratorias, por haber sostenido los ensayos sobre la electricidad muscular de Raymond.

El Sr. Jobard, director del museo industrial, se habia dirigido á Alejandro de Humboldt, suplicándole que le comunicara su opinion sobre los recientes descubrimientos de los espiritistas, á lo que contestó el anciano de la manera siguiente:

«He recibido una carta vuestra tan ingeniosa como siempre; mas no me es dable explicarme sobre la posibilidad sencilla de diferentes especies de electricidad cerebral, sea mineralógica, vegetal, animal, voluntaria ó involuntaria. Conservo siempre la debilidad de tener un santo temor de la *espiritualizacion de la madera de pino* y del *misticismo psicográfico*. Vos aumentais este temor con el espectro de *aquel racionalismo efímero que ha de recibir inteligencia por medio de los pensamientos de los hombres que rodean el instrumento*. Sabéis que Geoffroy Saint-Hilaire pretende haber sudado en Egipto un óxido de pensamientos, y vos, mi querido y excelente director, me direis que mi incredulidad es un sencillo efecto de mi pereza. A este reproche me sujetaré con gusto; pero estoy convencido de que la pesadumbre que debia experimentar al saberos errante en aquella oscura senda, no disminuiria la amistad con que me habeis honrado. Cuento con vuestra amable indulgencia.»

Humboldt firmó y cerró la carta.

—Y ahora, la Sra. Ida, dijo el sabio y luego continuó escribiendo.

Ida Pfeiffer, la célebre viajera, se hallaba en aquel tiempo en Berlin. Fué muy bien recibida, y Humboldt

la presentó al rey, á la reina y á toda la corte, principalmente al príncipe Adalbert, que habia viajado mucho, mostrando el mas vivo interes por la viajera, mientras la sociedad de naturalistas y la de geografía le nombraron su socia honoraria. El rey la confirió entonces la medalla de oro para artes y ciencias.

Humboldt le escribió la carta siguiente:

«¿De qué modo os he de tributar, estimable señora, la viva expresion de mi grande gratitud y admiracion? porque admiracion merece no solo vuestra perseverancia, vuestro valor, y la riqueza de lo colectado por vos, (que representa simultáneamente las circunstancias de una época determinada sobre todo el globo), sino ante todo la noble sencillez de vuestras descripciones, vuestros sentimientos nobles y puramente humanos, y vuestra modestia que desconoce sus propios méritos.

«Habeis estado en la mesa alta de Quito; habeis visto una erupcion (muy rara) del Cotopaxi. Esta nueva erupcion servirá de adorno al cuarto tomo de mi *Kosmos*, con el nombre de Ida Pfeiffer. (1)

«En el caso de que tengais la intencion de salir esta mañana, os suplico me honreis con vuestra visita entre la una y las tres de la tarde.

«En todo caso os visitaré mañana sábado, entre la una y las dos.»

Humboldt cerró tambien esta carta El mundo dormia..... Habia pasado ya la media noche..... el incansable anciano no lo notó.

A un lado de la mesa habia algunos libros. Tomó uno de ellos; era la *Vida de Kepler* por Julia Burnow, obra que ésta le habia dedicado.

—¡Vaya! dijo, la buena señora se habrá formado una

(1) Libro de Humboldt del Dr. Zimmermann, parte I.

buena idea de mí, y pensará que la grosería es un agregado de mi edad.

Y otra vez tomó la pluma y escribió:

«Vengo lleno de profunda vergüenza y no sé como justificar la expresion algo tardía de mi agradecimiento hácia vos, estimable señora.

«Una larga indisposicion que á mi edad debilita doblemente, y los acontecimientos y las agitaciones políticas, han puesto mi correspondencia en una confusion que me pone en peligro de aparecer como insensible cuando se me trata con benevolencia. El horror que he tenido siempre á un escribiente, porque me quitaria toda la libertad de la vida individual con mis amigos, y porque cartas dictadas, excepto las de los últimos años de Goethe, tienen una sobriedad semejante á los ventisqueros, me obliga frecuentemente á pedir indulgencia.

«Esto hago pues ahora con la confianza de que vos, mi noble y genial amiga, me hagais creer por vuestra benevolencia que lo característico de pocas palabras envueltas en ininteligibles geroglíficos, puestos en líneas oblicuas, os gustaria mas que caractéres extraños.

«Arago solia decir de mis cartas que eran fáciles para leerse, si se borran como en el cálculo lo que se acaba de descifrar.

«Por estos pequeños rodeos llego al fin á ocuparme de la hermosa obra, que me habeis dedicado con tanta amabilidad y de la cual decís con mucha verdad, que es la obra de un corazon femenino educado por un cariño respetuoso; representando con una fiel, perfecta y rara libertad espiritual, fielmente al hombre y á la vez la época en que ha producido tan grandiosos y duraderos efectos.

«Habeis resuelto de una manera satisfactoria vuestro problema, por haber estado profundamente penetrada de lo que formaba el carácter de vuestro héroe, y porque

conociendo con perfeccion las formas de nuestro idioma, habeis sabido inspirar interes á situaciones sencillas.

«He leído en cada uno de los tres tomos mucho de lo que hubiera criticado Mis Carolina Herschel. Agradable y atractivo en la relacion me ha sido el hogar en Weil, en el primer capítulo; el maestro Guldemann y Apolonia, página 106; el primer trato entre Kepler y Maestlin en el segundo tomo; lo mismo que el capítulo XVI en el último. Compañeros de espíritu me han pedido prestado vuestro librito y no se puede dudar que la continuacion, que contendrá la parte dramática y trágica de la vida, os saldrá tambien lo mismo y acaso mejor.

«Que os cause placer esta íntima expresion de mi gratitud y del reconocimiento de vuestro talento por mi parte.»

Humboldt se puso en pié. Le dolia el pecho y su respiracion era algo pesada. Tenia que pasear por el cuarto.

—¡Ay! dijo; siento que me he hecho muy viejo. Ya no puedo como antes. Es la una de la mañana y el cuerpo quiere reposo. Pero es preciso no dejarme agobiarse. El que ceda está perdido; mientras el espíritu está vigoroso, debe obedecer el cuerpo. Tengo que escribir otra carta á Kobell. Es preciso recordar lo que me decía con frecuencia mi querido hermano Guillermo: «Es una gran regla de sabiduría en la vida el no querer ser demasiado sano y libre de incomodidades. Mejor soporto con paciencia lo que solamente incomoda, pero no estorba demasiado y todavía es mejor *sobreponerse á los desagradables sentimientos que causa.*»

Y otra vez se puso el anciano á la mesa y escribió á Francisco von Kobell, un poeta de Baviera que habia hecho objeto de una poesía: *El tiempo antiguo de la tierra,.....*

«Mi estimado Señor:

«Habeis atraído valerosa é ingeniosamente al círculo de la representación poética los tiempos antiguos de la tierra, con respecto al levantamiento de las montañas, producido por la reaccion del interior en la superficie terrestre hasta la época de la creación, donde se agitan nuevos gérmenes y todo se mueve para la creación de los organismos.

«Cuando un hombre, como yo, ha dedicado toda su vida á las investigaciones materiales sobre el mundo antidiluviano, y el mismo hombre anciano, sin talento para creaciones poéticas, encuentra sin embargo un profundo y vivificante goce en las sendas del procedimiento de la formación de la tierra, entonces es muy difícil descubrir el placer que le ha causado vuestro poema geológico.

«Estais muy familiarizado con todos los mitos de nuestra ciencia, y aunque soy menos crédulo en la *tempestad de muerte del Norte*, á pesar de la amistad que me liga con Agassiz, no me gustaria estar privado de vuestra creación general, del monumento del rey de Suecia.

«En el Kosmos mítico de la Geología está contenida también una lucha de miles de años con los elementos; el poema procura favorecer con razon, ya éste ya aquel partido de los combatientes, de que cada uno cree ser el vencedor y por medio de muchos cambios de temperatura ha ascendido en vano de Neptuno á Vulcano en el termómetro geológico.

«Debo daros las gracias, señor profesor, particularmente por el segundo canto que finaliza tan alegremente, porque os habeis vengado un poco, á causa de vuestra predilección por la teoría del levantamiento, del mal trato que hemos experimentado en la segunda parte del Fausto.»

Entonces sintió el anciano que sus fuerzas estaban agotadas. Ya iba á ponerse en pié para acostarse en

seguida, cuando encontró todavía otra carta cerrada entre sus papeles, que seguramente habia llegado en el mismo dia y por descuido la habian metido entre los demás papeles. Irse sin leer la carta hubiera sido contra la exactitud de Humboldt; á lo menos queria imponerse de su contenido para ver si tenia algo de importancia. Humboldt la abrió. Cierta número de señoras en Elberfeld se habian unido para trabajar en su *conversion por medio de cartas anónimas* y se le anunciaba que de tiempo en tiempo habian de seguir otras cartas. (1)

Una sonrisa irónica pasó por las faéces llenas de benevolencia de Humboldt; pero esta sonrisa se convirtió en una expresión compasiva al leer el artículo siguiente de la «Gaceta clerical de Viena,» que estaba adjunto á la carta llevando por título:

«ASESINATOS DE ALMAS.

«La agitación causada en grande escala por las modernas ciencias naturales, que se podria llamar *asesinatos de almas*, hará visible aun á los ojos mas miopes y á los espíritus mas rebeldes, la necesidad de formar una verdadera filosofía cristiana segun lo exige nuestra época. Hasta donde debe llevarnos el único valimiento de las leyes que forman ideas, nos dá una prueba excelente *Alejandro de Humboldt* que se expresa al concluir su descripción de la pesca de los gimnotas, (peces eléctricos), en el Sur de América, de la manera siguiente: «Lo que es invisiblemente el arma viva de estos habitantes acuáticos, lo que despierta por el contacto de partes de todos los órganos de los animales y plantas, lo que hace influenciar la bóveda celeste con el ruido del trueno, lo que liga el fierro al fierro y dirige la

(1) Hecho positivo.

marcha pausada y repetida de la aguja magnética; todo esto, lo mismo que el color del rayo solar dividido, sale de una misma fuente; todo se reúne en una fuerza eterna repartida en todas partes. [Ojeadas sobre la naturaleza, tomo I, pág. 34].»

«No puede ni debe tomarse esta precedencia de la eternidad de la fuerza única y poderosa de la naturaleza por una mera frase, porque muchos pasajes de las obras de Humboldt prueban que no ha pasado en la teología mas allá del panteísmo, y que ni sospecha siquiera una creacion del mundo en el sentido cristiano.»

Humboldt se volvió á sentar diciendo con la sonrisa en los labios:

—Soy, pues, un asesino de almas. Pues bien, voy á contestar inmediatamente á este ataque.

Y luego escribió lo siguiente:

«A la redaccion de la *Gaceta de Haude y Spener*.

«Os suplico tengais la bondad de insertar en vuestro estimable periódico, el artículo adjunto de la *Gaceta de la iglesia de Viena*, con el aumento: *Reproducido por súplica del Sr. de Humboldt*.

«Creo que vos convendreis conmigo, en que ésta será la contestacion mas digna y adecuada por mi parte.

El asesino principal de almas.

A. V. HUMBOLDT.

Y luego se levantó dirigiéndose con calma y satisfaccion en su corazon á su dormitorio.

CAPITULO VII

La muerte de dos grandes hombres.

Guillermo de Humboldt escribía en vísperas de morir, las siguientes significativas palabras:

«Todo lo que se asemeja á la necesidad tiene lo particular de que el goce que se siente poseyéndolo, es menor que el sufrimiento que causa su privacion. Por este motivo, (lo que he experimentado en mí mismo), siento la pérdida de personas queridas mucho mas profundamente que otras, aunque con mas resignacion y calma. Solo la melancolía no la opongo á la felicidad, sino divido la última en melancólica y alegre, no dando la preferencia á la primera.»

Esta grande y hermosa verdad podian aplicarse tambien los otros dos ancianos, Alejandro de Humboldt y su fiel amigo Varnhagen von Ense.